

LISTA Y ARAGÓN, ALBERTO (1775-1848)

POESÍAS AMOROSAS

I

La primavera.

Huyó el sañudo invierno,
y en la templada esfera
sobre las alas del favonio tierno
brilla la primavera;

y su guirnalda hermosa

risueña deshojando,
de blanco lirio y encendida rosa
las vegas va sembrando.

No ya de nieve helada
yace el prado cubierto,

ni de amores la selva despojada,
ni el monte triste y yerto:

que es delicia del cielo,
cuando nace, la aurora,
y ámbares vierte, y el fecundo suelo

de blanda luz colora.

Ya pulsa el arpa de oro
la bella Citerea,
y en tiernas danzas su festivo coro
los oteros rodea.

De mirto pues y flores
la frente coronemos,
oh Dalmiro, y al dios de los amores
dulces himnos cantemos.

La juventud convida,

y entre clavel y rosa
brinda la ilusión vana de la vida,
aunque vana, gozosa:

que luego, edad tirana,
las dichas desvaneces,

y del mortal la plácida mañana
no brillará dos veces.

¡Ay! huye la alegría
tu rostro macilento,
y entre tus densas sombras, Parca impía,

se pierde en un momento.

De la fatal guadaña
no hay abrigo seguro:
que así hiera la mísera cabaña
como el soberbio muro.

II

A Elisa.

Cuando a los campos sales, bella Elisa,
se reverdece el prado:
brota la selva amor y el cielo risa,
y ledo trisca el juguetón ganado.

Las márgenes del río a tu hermosura

tributan amorosas,
sobre lechos de plácida verdura,
cándidos lirios y encendidas rosas.

El ave te saluda dulcemente;
cuando en la selva amiga

contra el sol en los fresnos de la fuente,

cual bajo manto maternal, se abriga.

Y cuando a ocaso entre celajes de oro
decline el rayo estivo,
tejerán los zagales dulce coro

al son del arroyuelo fugitivo;

y allí tu nombre el amoroso canto
y tu desdén gracioso
celebrará, y la risa y el encanto,
que enajena al pastor más desdeñoso:

y luego en los alisos de la cumbre
lo grabarán risueños;
y cuando siga a la vencida lumbre
la noche oscura derramando sueños,

con frescas y apacibles enramadas

ornarán tus umbrales,
y para ti de pomas sazonadas
esquilmarán los fértiles frutales.

Luego vendrá la sonrosada aurora,
y en tu serena frente,

que la inocencia plácida colora,
nacerá un sol más bello y refulgente.

Así en gozoso círculo girando
tu juventud florida,
de la beldad los triunfos disfrutando,

en continuo solaz gozas tu vida.

Ama, Elisa gentil: sereno el cielo
hora brilla y tranquilo:
de la edad teme el inminente vuelo,
y contra su furor busca un asilo.

El convite del pescador: traducción del Metastasio.

Ven, ya baja la noche, amada mía;
y en la fresca ribera
respirarás de la marina fría
el aura placentera.

Ven, dulce amor: su delicioso aliento

gocemos en la arena,
hora que el soplo del favonio lento
crespa la mar serena.

Deja, mi Elisa, la feliz cabaña,
que alberga tu hermosura,

y descienda el placer de la montaña
a la playa segura.

Cuando esparce la noche el negro velo,
más lucientes y bellas
verás el claro mar, émulo al cielo,

retratar sus estrellas;

y en ascendiendo a la celeste cumbre
la luna sosegada,
rielar en largo surco su alba lumbre,
por las ondas quebrada.

Y cuando nazca el sonrosado día,
al son de ruda avena
te contaré, dulce zagala mía,
mi enamorada pena:

o si mas, bella Elisa, te recrea,

entre las blandas flores
de Glauco o de la linda Galatea
cantaré los amores.

Tú con dorada caña y corvo anzuelo
pescadora y zagala,

las deidades del mar y las del suelo
envidiarán tu gala.

¡Ah! no ya el pez se salvará escondido
tras el peñasco algoso:
que vendrá alegre por el mar tendido

al lazo venturoso;

y las ninfas del piélagos sereno,
dejando los cristales,
festivas te ornarán el albo seno
de lúcidos corales.

IV

Debe gozarse de la juventud.

Imitación de Horacio.

¿No ves cómo blanquea
coronada de nieve la alta cumbre,
y sus hojas desea
la selva yerta y del abril la lumbre,
y en prisiones de hielo

se para encadenado el arroyuelo?

Echa con larga mano
en el fuego la encina destrozada:
del aquilón insano
burla la furia en la mansión cerrada,

y la que el Letes cría,
llene los vasos plácida ambrosía.

Que las altas deidades
sosegarán los vientos tempestosos:
las dulces soledades

del bosque, y los oteros deliciosos,

y la gentil pradera
gozarás en la alegre primavera.

Mas no del tiempo fíes,
que en alas de las horas va volando.

Hora bebes y ríes:
este momento inesperado y blando,
que concede la suerte,
róbale astuto a la implacable muerte.

Mientras tu frente hermosa

no amenace con rugas y con canas
la senectud morosa,
goza de abril las plácidas mañanas,
y las danzas y amores,
y con tu bella hablar entre las flores.

Y su reír travieso,
cuando artera se oculta en los rosales,
castigue el dulce beso:
más dulce que de Himeto los panales
al joven amoroso,

y a la que lo resiste aún más sabroso().

V

La luna.

Mueve la luna el carro soñoliento
en tardo giro, y tibio resplandece
por la esfera su rayo macilento,
que los vecinos astros oscurece;
y mientras se adormece

en blando sueño el mundo sosegado,
las tinieblas disipa, y la campaña
y el silencioso prado
de sus reflejos plácidos se baña.

Vence la cumbre del opuesto monte,

y dominando la inferior ladera
brilla elevada en todo el horizonte,
y retrata su imagen placentera
en la sesga ribera.

En tanto el bello Arturo al mar sonoro

baja en curso veloz precipitado,
y el cayado de oro
esconde en el cristal del golfo helado;

y las medrosas horas, ocupando
el ancho cielo, en toda su carrera

los extendidos campos van sembrando
de mustia adelfa y triste adormidera.

Renueva lastimera
Filomena su canto dolorido;
y al aire dando las nocturnas alas,

con hórrido graznido
los bosques llena el ave grata a Palas.

En profundo letargo entorpecida
yace la tierra: el aquilón rugiente
cesa: la inmensa mar calla adormida;

mas ¡ay! vela el Amor: su voz potente
la bella diosa siente;
y el carro abandonando en la alta esfera,
al Latmo umbroso vuela, en cuya falda
su Endimión la espera

sobre lechos de rosa y esmeralda.

¡Oh crudo amor! después que el vengativo
brazo aplicaste al arco más certero,
y la flecha, teñida en fuego vivo,
traspasó de Diana el pecho fiero,

no, ya con pie ligero
correr le place tras fugaz venado
del fértil Erimanto las riberas,
ni el venablo acerado
esgrimir en las ménalas praderas:

sólo del Latmo la floresta oscura
y la cima selvática le agrada.
Allí el pudor divino y la hermosura
cede a un mortal; y amante más que amada,
rinde al amor el culto silencioso,

que entre sus ninfas pérfida le niega;
y al joven venturoso
las breves horas de su imperio entrega.

Mas ¡oh! ¡cuán triste y pesarosa siente
del nuevo día el resplandor cercano!

Ya en las brillantes puertas del oriente
ve la cuadriga del odioso hermano
rayando el Océano:
suspira, y maldiciendo el giro eterno,
que de su dulce amante la desata,

bañada en llanto tierno
vuelve a regir el pértigo de plata.

Salve, oh benigna diosa, oh tú, del sueño,
y del silencio tímido señora;
salve: derrama al mundo tu beleño,

de dichosos amantes protectora.
Si el bien, que me enamora,
a la plácida sombra de tu velo
mi tierno pecho llena de alegría,
¡oh! nunca dore el suelo

la clara luz del importuno día.

VI

La queja imitando el estilo de Calderón.

Si pudo el llanto mío
triunfar, Elisa bella,
de mi infeliz estrella,

de tu desdén impío,
y me permites hoy que bese ufano

la pura nieve de tu hermosa mano;

a tus plantas rendido
humilde amante llevo,
y aceptado mi fuego,
si no correspondido,

un corazón en cada aliento deja,
y un alma enamorada en cada queja.

Llorar fieros desdenes,
celos, rigor, mudanza,
tan falsa la esperanza,

tan rápidos los bienes,
es la herencia común, que han dividido
entre sí los vasallos de Cupido.

Mas ¿quién de los favores,
Elisa, se ha quejado?

Sentir el que es amado,
es locura en amores
tan nueva, que tu esclavo hallar procura
suspiros, que disculpen su locura.

Cuando el desdén, bien mío,

hirió mi pecho tierno,
siendo mi llanto eterno
y eterno tu desvío;
esperé, que aprendiese maltratado
el arte de olvidar lo que se ha amado.

Más de una vez la pena
viendo que me afligía,
el mismo amor quería
que huyese tu cadena,
y cediese mi cárcel rigurosa

a un alma más paciente o más dichosa.

Mas cuando a mi ternura
tu pecho es menos fiero,
ni libertad espero,
ni espero paz segura:

que eres muy bella tú, yo desdichado,
y necio o tibio, amante confiado.

Ese joven gallardo,
que para darme enojos
roba a tus dulces ojos

miradas, que yo aguardo,
me hace temer que siga mi ventura
la instable() condición de la hermosura.

Galán y lisonjero,
habiéndose añadido

a dichas de admitido
licencias de extranjero,
ya que no te merezca algún cuidado,
consigue al menos tu apacible agrado.

Yo celoso, afligido

y amante venturoso,
que es dos veces celoso,
y él amante y oído;
decide tú si en mi inconstante suerte
el lograr tu favor es vida o muerte.

No es justo ya, que ignore
si el bien o el mal me has dado:
ser debo el envidiado,
Elisa, y no el que lllore:
o goce solo yo tu amor entero,

o vuelve a darme tu desdén primero.

VII

Al mismo asunto.

Imitación de Horacio.

Cuando tú alabas, Filis, de Cratilo
el talle airoso y el mirar ardiente
y la destreza en someter al freno
el alazán brioso;

apenas puede el corazón la ira

contener que lo inflama: demudado
se inclina mi semblante, y loco y ciego
con encendido llanto,

que las mejillas pálidas inunda,
del fuego lento que me abrasa el alma,

te doy a mi pesar, ingrata Filis,
señales manifiestas().

Ardo, si los colores, que lo adornan,
brillar miro en tu pecho fementido:
ardo, si entre las vueltas de la danza

con sus brazos te estrecha.

¡Ay! sus brazos robustos, avezados
a la sangrienta lid, ofender pueden
ese florido cuerpo, donde Venus
todo su encanto puso.

Ni esperes de él constancia: si indignado
suenan en el campo el grito de Mavorte,
vuela el guerrero a la funesta gloria,
y del amor se olvida.

Premia, premia el ardor inextinguible

de un tierno pecho, que por ti suspira:
que en él solo la muerte, dulce dueño,
podrá borrar tu imagen.

VIII

La entrada del invierno.

Ya, dulce Albino, deshojó el noviembre
del blando otoño la gentil guirnalda:
rugen los notos y aquilón envía
mares de nieve.

Nace el invierno, hiela con su aliento

el monte altivo, la mansión de Flora:
yo con el vino su crueldad sañudo
burlo y sus iras.

Ni el grato Baco del Amor suave
desdeña, al fuego del hogar seguro,

las dulces flechas, que en tus ojos, Filis,
tira a mi pecho.

Los gratos dones nos prodiga el Lete
de sus viñedos, ni la hercúlea playa
ni la fenicia Málaga nos niega

vino suave.

Pláticas largas e inocentes risas
la noche abrevian: las malvadas horas
roban la vida, del placer divino
raudas huyendo.

Tú de Minerva las sagradas aras
pisas insomne, y de Cupido y Baco
la dulce llama, que al mortal recrea,
próvido huyes;

y de Sileno la pampínea enseña

y de Accidalia los nevados cisnes
dejas, y al ave sigues misteriosa,
que Palas ama.

Ya en negra tabla los certeros signos

copias de Hipatia, del divino Euclides

ya las figuras, que la inmensa tierra
miden y el orbe.

Nuevo Keplero a los etéreos astros
dictarás leyes; mientras yo modesto
y más felice las de Filis bella

tierno recibo.

IX

El amor no conocido.

Vuelve, adorada Filis, vuelve al seno
de los constantes cándidos amores:
vuelve a la orilla, do su nido hicieran,
del Betis cristalino.

Ven; que el ardiente inextinguible fuego,

que en el pecho de Anfriso derramaste,
para exhalarse en férvidas caricias
espera tu presencia.

Creció escondido: con el falso nombre
de la amistad aleve serpeando

por mis entrañas todas, de repente,
cual es, se manifiesta.

Así de nieve su elevada cumbre
corona el Etna, y la mansión severa
de áspero invierno y de aquilón silboso

al peregrino anuncia.

En tanto abrasa el cavernoso abismo
oculto fuego, y repentino lanza
por su humeante dividida cima
mares de ardiente lava.

Rugen los bosques encendidos, ruge
el hervoroso piélago, bañado
de llama infausta; y cárdenas centellas
vomita al firmamento.

¡Ah Filis, Filis! te engañé: los dulces

de amistad que me diste, blandos besos,
para mí fueron las sañudas flechas
del insano Cupido.

Maligno sonreía el niño ciego
y de mi necio orgullo se burlaba:

«prueba,» me dice, «prueba de este arco
la fuerza vencedora.»

«Aprende a amar a Filis sin peligro:
aprende a ver sus celestiales gracias,
su blanda risa, su colmado seno

y sus ardientes ojos:»

«Aprende a ver los bienes más preciados
que a sus dulces amantes da Citeres,
sin sentir del amor y del deseo
el aguijón sañudo.»

Ya estoy vencido: si tu flecha esquivas
sin conocerla, ¡ay triste! me ha llagado,
ya el cuello doblo a tu seguro yugo
e imploro tus piedad.

Mas no; de ti, maligno, nada espero:

sólo espero en tu pecho bondadoso,
oh dulce Filis, que a mi triste herida
remedio des suave.

No pido, que al delirio correspondas,
en que me abraso; mas concede al menos

los besos de una amiga compasiva
al labio de tu Anfriso.

X

El convite de estío.

Se exhalan ya de mi vergel frondoso
suavísimos aromas,
y por las ramas del frutal pomposo
cuelgan racimos de esmaltadas pomas.

Venid, dulces amigos: cuando al día

venza la noche oscura,
más bella luz a la enramada umbría
dará, querida Emilia, tu hermosura.

Sileno, no del pérsico aparato
ostentes el tesoro,

ni el don de la amistad sencillo y grato
en vasos brindes de funesto oro.

Rosa tardía, que entre nieve crece,
no adorne mi guirnalda;
ni elpreciado jacinto, que florece

del alto Olimpo en la remota falda.

Mas coge, Aristo, el arrayán nativo,
que alfombra nuestros prados,
y el cándido jazmín y el lirio altivo,
de alegre mejorana entrelazados;

y de mi amada la graciosa frente
ciñan y el albo seno,
y a sus labios de rosa el fresco ambiente
lleve el aroma del cercado ameno.

Cede el calor: el rayo fulminante

ni aun dora la montaña;
y en los profundos piélagos de Atlante

su carro enardecido Apolo baña.

Ven, dulce amiga, ven: la vid hermosa
en su sombra se engríe:

templa Aristo la lira armoniosa,
tu Anfriso canta ya: Sileno ríe.

La mesa de sus frutos deliciosos
el verano rodea:
mira cómo en los vasos anchurosos

el regalado néctar centellea.

Bebamos: que tus ojos más ardientes
flechará el dulce vino;
y entre festivos juegos e inocentes
la Parca burlaremos y el destino.

XI

A Emilia.

Ven, mi pastora: los templados rayos
del sol de primavera
fecundan ya nuestra feraz campiña.
Las rosas vierte el mayo delicioso
de su lecho florido,

cuna feliz de amor correspondido.

Ven: la tórtola amante ya despide
de su abrasado seno
el quejido de amor: la selva umbría
resuena con su arrullo, y el favonio

lo conduce en sus alas,
do envidiosas lo escuchan las zagalas.

¿No ves la aurora por el rojo oriente
derramar esplendores
al adormido? ¿no respiras

el ámbar de las flores, que guarnecen
la esmaltada ribera,
y el aroma que exhala la pradera?

Mira cuál quiebra en la argentada gota
del matinal rocío

el sol naciente sus primeros rayos.
Mira cuál cubren campos y colinas
las ondeantes mieses,
y cual retozan las alegres reses

Todo es placer y amor: el ave canta,

y los blandos amores
en torno vuelan del caliente nido.
Céfiro, por las vegas discurriendo,
de ardiente amor suspira:
naturaleza toda amor respira.

Ama tú, dulce Emilia: ven, corona
de tu Anfriso las penas:
ya las primeras frutas he cogido
de mi vergel, y entre las frescas hojas
las puse en la sombría

junto a la gruta de la fuente fría.

Ya despojó las altas rosaleras
de su fecundo esquilmo:
ya tejí el venturoso ramillete
y la guirnalda, que en tu frente y seno

yo pondré enajenado,
premiando una sonrisa mi cuidado.

En tanto tu rebaño desparcido
por el vecino otero
despuntará la yerba aljofarada;

y cuando baje del zenit ardiente
la calurosa siesta,
triscará solazado la floresta.

Entonces su frescura deliciosa
nos dará el arroyuelo,

de perpetuos laureles coronado;
y sentada a la margen floreciente,
que besan sus raudales,
mirarás tu hermosura en los cristales.

O si ya entre los árboles del bosque

el ruiseñor lamenta,
su malogrado amor, la grata imagen
renovarás del llanto afortunado,
que venció tus desdenes
y trocó mi penar en dulces bienes.

O ya del colorín la voz suave
enajenada oyendo,
que entre las ramas del frutal se queja,
suspitarás de amor, y de tus ojos
el dulce ardor sereno

lanzará amor a mi encendido seno.

Cupido sonreirá. Del centro frío
de la vecina gruta
nos llamará con voz irresistible.
Entonces; ¡ay! traspasará tu pecho

su dardo más ardiente,
que amar solo permite a quien lo siente.

¡Ay! ven: ya el astro del rosado día
la hermosa frente alza
del seno de la aurora; y yo inundado

de la niebla, el lucero todavía
viva luz destellaba,
y ya junto a los sauces te esperaba.

XII

Los celos.

Esta es la mansa y cristalina fuente,
do tantas veces vi mi dulce amada,
mientras Febo rayaba el claro oriente,
dar envidia a la aurora nacarada.

Aquellos son los céspedes floridos,

do al aura respirando los olores,
envenenó mi mente y mis sentidos
su tierno canto derramando amores.

Sentada allí, la tarde fugitiva
en deliciosa plática olvidamos:

allí la juré amor, cuando festiva
ciñó mi frente de olorosos ramos.

Junto a aquel arrayán con blando lloro
bañó el puro semblante enardecido,
y en mis felices manos el tesoro

entregó de su mano apetecido.

En este bosque de placer sedientos,
coronamos a Amor de nuevas glorias:
allí y allí... ¡oh lugares! ¡oh momentos!
Dadme a Emilia, o guardad vuestras memorias.

¿Dónde, perdido bien, de mí volaste?
¡Ay! vuelve, vuelve al pecho, que te adora.
Tú, vergel, que felice me miraste,
¿Dónde ocultas mi amada encantadora?

El viento entre las ramas murmurando,

«Tras otro amante fue» triste me dice:
la fuente, sus cristales agitando,
«Burló,» clama, «tu amor: muere, infelice.»

Las flores, que su planta embellecía,
hora gimen marchitas y llorosas:

«No precia ya tu amor la ingrata impía:

por otro amante anhela y otras rosas.»

Y ¿esto, Emilia, es amar? ¡y acaso ahora
en contemplar mis penas te complaces!
¡Y a ese nuevo feliz, que te enamora,

de mi eterno dolor gozar le haces!

¡Oh perfidia! ¡oh baldón! Teme, perjura,
todo el furor de un injuriado amante:
mas ¡ay! que te defiende mi ternura,
la ternura, que ultrajas inconstante.

¡Oh, nunca del amor correspondido
la sonrisa en tus labios sorprendiera!
¡Nunca de tu mirar enardecido
el veneno mortal probado hubiera!

¡Emilia! nombre amable, nombre odioso

a un alma, que te adora y que atormentas,
¿por qué las gracias del semblante hermoso
con el engaño y la inconstancia afrentas?

Del penar más acerbo el inclemente
triste ejemplar al amador ofrezco,

¡ay! condenado a amar eternamente
la misma fementida, que aborrezco.

XIII

El amor inmortal.

En tus hermosos ojos templar pudo
el dios de los amores
aquel arpón tan dulce como agudo,
que para herirme coronó de flores.

De ese cabello de oro, que enajena

mi pecho enamorado,

pudo tejer la plácida cadena,
que a tus plantas me tiene aprisionado;

O en los lirios del seno, o en la rosa
del cándido semblante

pudo labrar la cárcel deliciosa,
que preparaba a tu feliz amante.

La juventud, la gracia halagadora,
el talle torneado,
esa risa más dulce que la aurora,

cuando ilumina el soñoliento prado:

tu hechicera mirada, tu festivo
candor, tu hablar suave,
el corazón más fiero y más esquivo
domar pudieran; y el Amor lo sabe.

Mas no con rayo, que mudables vientos
apaguen, quiso herirme,
ni en caducos y frágiles cimientos
labrar una pasión constante y firme.

Yo vi en ti el puro asilo, do se anida

la cándida inocencia,
y al blando sentimiento la fe unida,
y en verde juventud dócil prudencia.

Yo vi cuán compasiva e indulgente
con apacible agrado

tu hermosa mano alivia al indigente;
tu dulce hablar consuela al desgraciado.

Yo lo vi, y te adoré, y en llama eterna
el pecho me encendiste:
que la santa virtud, la piedad tierna

del crudo tiempo al huracán resiste.

Deshójase la flor de la hermosura,
se agostan los placeres;

y allá en la margen de la tumba oscura,
deleite encantador, ni aun sombra eres.

En ti, mi dulce bien, cuando tu aurora
florece placentera,
amo el carmín, que no se descolora,
amo la luz, que siempre reverbera.

¡Ay! este amor de mi felice vida

será el postrer aliento;
y su llama inmortal correspondida
arderá mas allá de aquel momento.

XIV

El sueño del infortunio.

Sunt lachrymae rerum.
VIRGIL.

¡Qué horror! La fiera noche
ha triplicado el denegrido manto
de tinieblas sin fin. Huyó del cielo
el nocturno esplendor: no hay una estrella
que con su yerta amortiguada lumbré

hiera la oscuridad del firmamento.
Oscuridad, silencio, del destino
imágenes augustas, ¡cuán terribles
acongojáis mi atormentado pecho!
¡Cuán bien correspondéis a los latidos

de un mal herido corazón!... Ya brama
el aquilón sañudo:
ya ruge en los lejanos horizontes
el trueno aterrador... La negra esfera
cárdeno rompe el precursor del rayo,

su efímero fulgor mezclando a veces
con la luz de esa lámpara sombría,
que a mis cansados ojos roba apenas

la densa oscuridad... Triste silencio
domina infausto esta mansión de llanto:

otro tiempo mansión de mi delicia,
trono del dulce amor... Yo solo velo,
solo: ¿y yo solo peno?... Todos duermen:
Mas ¡ay! que no descansan... ¿Qué suspiro,
encendiendo los vientos a deshora,

hiere mi corazón?... ¿No le conoces,
triste Anfriso? ¡Ah! que no. Dichosos días,
que en mis brazos la visteis reclinada
palpitando de amor y de ternura,
entonces sí su enardecido seno

del placer exhalaba los suspiros;
mas este es de infortunio... ¡Qué agitada
duerme el único bien del alma mía,
hermosa en su dolor, muy más hermosa,
que cuando alegre, satisfecha y tierna

a mi lado esperó la luz del alba!
Duerme, mi bien, mi encanto, mi delicia:
dulce como el olor de las praderas
more el sueño en tus ojos: duerme, amada:
desata, blando Amor, del bosque idalio

las más templadas auras, y al oído
mi fuego y mi constancia le susurren.
Halaga entre tus brazos, oh Morfeo,
su herido corazón: que se regale
en la querida imagen de su Anfriso.

Derramad en su frente atormentada
las rosas del placer, y los recuerdos
de tan gozosos como breves días,
que mi ventura fue, que fui la suya,
disipen los pesares de su pecho.

Mas ¡ay! que no... ¡Cuál gime! ¡cuál palpita
el blanco seno! ¡cuál la linda mano
oprime al corazón por sostenerlo!
¡Cuál arden sus mejillas! Destrenzada
la hermosa cabellera, circulando

por el nevado cuello, vaga incierta.

¡Pero qué miro! ¡Lloras, dulce Elisa!
Lloras, ¡ay! ¡y envenena el infortunio
de ese breve descanso los momentos!
Una lágrima sola se ha escapado

de sus cerrados párpados; girando
sobre el carmín de su purpúreo rostro,
brilla como la perla del rocío
entre el matiz de la naciente rosa.
Bebedla, labios míos; mas no, ¡ay triste!

el silencio respeta de sus penas,
amante corazón... Seis veces Febo
trajo la luz al aterido mundo,
seis veces las tinieblas de la noche
envolvieron el cielo, mar y tierra,

y un solo instante la amorosa hija
el lecho de la madre moribunda
no cesó de regar con tierno llanto.
¡Oh piedad filial! Toda perdida
en su amargo pesar, de sí olvidada,

de un amante olvidada que la adora,
entre el temor y la esperanza anhela,
se agita al lado de la dulce madre,
llora y oprime el encendido lloro
por robarlo a su vista. Los cariños,

que la angustiada enferma le prodiga,
el arpón del dolor clavan más hondo
en su afligido corazón. Recuerdos
de la edad juvenil, de la edad tierna;
la infelice orfandad, que la amenaza;

cuanto gozó y penó, todo la aflige.
Alma celeste y pura, hermoso pecho,
do la santa virtud fijó su trono,
gloria de mi existencia y dulce hechizo,
mi bien, mi amor, mi todo, ¡quién pudiera

el rayo asolador de la desgracia,
quedando libre tú, recibir solo!
¡Hija del infortunio! ¡quién me diera,
que aqueste triste pecho acometido
de tormentos sin fin, olvido, celos,

desdén, desolación y horror de muerte,
los abatidos ojos levantando,
satisfecha y gozosa te mirase!
Muriera yo, ¡ay de mí! mas no penaras...
Duerme, mi dulce bien; duerme, amor mío:

tu existencia un momento interrumpida
te robará al dolor... Recibe ahora
en este breve y temeroso beso,
que apenas hollará tu pura frente,
los votos de un amante enardecido.

Él vivió para ti: morir promete
porque vivas feliz. Reposa, amada,
en el regazo plácido del sueño.
Cesa ya de silbar, ábrego impío:
cesa, horrorosa tempestad: sus alas

tiendan el austro y el favonio blando,
que está el bien de mi vida descansando.

XV

A don Diego Montero, mi amigo.

Y el pesar de su ausencia vi trocarse,
no en pena, no en congoja, en cruda muerte,
y en fuego eterno el alma atormentarse.
GARCILASO.

Almansa, de octubre de ...

Aquí, do de Vendoma la alta gloria
el mármol a los siglos va anunciando
y del inglés vencido la memoria;

pides, querido amigo, que templando
mi ya olvidada cítara, del viento

suspenda el curso con su tono blando.

Quieres que el ceño adusto macilento

de esa montaña lóbrega y sombría
la suavidad mitigue de mi acento.

¿Y podrá resonar la lira mía

en esta soledad tan dulcemente,
como en el Betis resonar solía?

¿Podrá el herido corazón doliente,
este sensible corazón, que llora
con lágrimas sin fin su bien ausente?

¿Podrá exhalar la voz encantadora,
que tal vez complacido y satisfecho,
me oyó la noche y la naciente aurora?

No, mi Montero: a un afligido pecho
sólo gemir, sólo penar le es dado,

en amorosas lágrimas deshecho.

Tú ignoras en qué abismo quiso el hado,
flechando de una vez todas sus iras,
precipitar un triste desgraciado.

¿Ves el desnudo monte? ¿el valle miras,

de donde exhala el lívido torrente
las mortíferas auras, que respiras?

Pues comparado al peso, que inclemente
el corazón me oprime de continuo,
es dulce otero y prado floreciente.

Este áspero desierto y sin camino,
lleno solo de sombras funerales,
que a la ambición sacrificó el destino;

es campiña de mieses y rosales,
do se goza el abril, si se compara

a la eterna amargura de mis males.

Y el cielo abrasador, que nube rara

entolda, y cuyo fuego despiadado
las árticas montañas liquidara;

es el cielo, que al Tempe regalado

ubre, o al bello Dauro o Guadaña,
junto al ardor del pecho atormentado.

Mi corazón anhela y no respira:
no es sangre, no, que es fuego el que en mis venas,
consumiendo mi ser, violento gira.

Oye la historia amarga de mis penas;
óyela y tiembla, amigo, si algún día
quiere el Amor que arrastres sus cadenas.

En la ribera plácida que enfría
Guadalquivir, do el sol del occidente

el postrer rayo de su fuego envía;

vi una hermosura en el verdor luciente
de sus floridos años, que el sentido
me enajenó festiva e inocente.

De Minerva y las Musas atraído

pasara yo mi juventud dichosa,
en fáciles cuidados divertido.

Por vez primera entonces la amorosa
llama probé: se decidió mi suerte,
y dueño halló mi voluntad ociosa.

Sentí, ¡ay de mí! sentí que hasta la muerte
sin redención estaba ya enredado
en el lazo tan dulce como fuerte.

La celeste ocasión de mi cuidado
no juveniles gracias y hermosura

ostentó sólo a un pecho ya entregado;

mas un alma tan firme, tan segura

de su valor, bondad tan generosa,
tan grato hablar, tan tierna risa y pura,

que la fiera, más fiera y más sañosa,

y un corazón de triplicado acero
postrara fácil a su planta hermosa.

¿Quién te podrá decir, dulce Montero,
lo que fue de tu Anfriso en el instante
que al declarar la pena de que muero,

el pecho, que temí duro diamante,
y sin piedad a mi dolor y esquivo,
sus lágrimas dijeron, que era amante?

Dulce raudal de amor copioso y vivo
deslizarse miré por su mejilla,

blandos ojos volver a su cautivo;

y aquella blanca mano, a la que humilla
la rosa su carmín, su albor la nieve,
entre mis manos venturosas brilla.

Ni el templado favonio, cuando mueve

sus alas entre plácidos olores,
ni el puro aljófara, que la aurora llueve,

tan gratos son al prado y a las flores,
como las bellas lágrimas, que vierte,
nuncios de la ternura y los amores.

En esperanzas mi temor convierte:
mi pena en gloria; y el favor perjuro,
¡simple! aplaudí de la inconstante suerte.

¡Cuán incauto, ay de mí! Canté seguro
en la lira, qué Apolo me fiara,

su gracioso desdén, su halago puro;

las encendidas rosas de su cara,

su torneada mano, el dulce beso,
dulce siempre, o lo diera o lo negara;

su blanda risa y plácida, embeleso

del ciego corazón, y el tierno llanto,
que el fermentado Amor bebió travieso!

Testigos fueron de mi alegre canto
la aurora y la tiniebla: el claro día
tendiendo al orbe su rosado manto,

los fuegos del ardiente mediodía,
la fugitiva tarde, todos vieron
inundada en placer el alma mía.

Diez veces la morada enrojecieron
de Aries los febeos esplendores,

diez veces el remoto polo hirieron:

yo divertido en plácidos amores,
aquel siglo de gloria delicioso
como el aura fugaz pasó entre flores;

y en un momento el hado envidioso

convirtió de mi dicha el claro día
en noche oscura y cielo tempestoso;

y el despiadado Amor, cuya alegría
son los ayes, que el mísero suspira,
me arrojó, Marte, a tu contienda impía.

La horrenda enseña de venganza e ira
seguí, ¡infelice!, lejos de aquel prado,
do el blando pecho, en que viví, respira:

de aquella boca y seno delicado,
de aquel dulce ademán, de aquellos ojos,

que adora el corazón desventurado.

¡Ah! ¿qué a mí con los ásperos enojos

de la guerra cruel? ¿cuándo he querido
parte, fiera ambición, en tus despojos?

Allá siga el tirano empedernido

las armas sin piedad: siga el estruendo,
siga el carro de Marte embravecido:

atienda de la trompa el son horrendo,
complázcase en el campo ensangrentado,
que el cañón de destrozos va cubriendo;

y un tierno corazón enamorado,
sólo placer, sólo respire amores,
sólo ambicione amar y ser amado.

Logre trofeos e inocentes flores,
cogidas en el seno de su hermosa,

y arrebate dulcísimos favores.

Dé a la batalla seña sonora
del blando beso el plácido estallido,
y él termine la lucha deliciosa.

Yo alumno de las Musas y Cupido

en el campo de horror a mi despecho
por la ajena ambición fui conducido:

me arrancó airada del paterno techo,
y sin ser a otra cosa poderoso,
mi adorado placer voló deshecho.

¿Por qué no sufre el cielo riguroso,
contra el humano mísero indignado,
que ningún amador viva dichoso?

¿Quién, ¡infelice!, como yo fue amado?
¿Quién divertido en fáciles placeres

vivió de la ambición más olvidado?

¿Cuándo al metal, que tú, codicia, adquieres,

troqué la paz, oh dulce medianía,
ni el bien tranquilo, cuya fuente eres?

Nada bastó: del claro mediodía

hasta los mares lóbregos del polo
creció el incendio de la guerra impía:

a cuantos pueblos ilumina Apolo,
se extendió destructor; y no tocado,
¿mi humilde techo se librara solo?

Fue preciso, Montero, que arrancado
de su firme raíz el trono ibero
y el orgullo francés fuese humillado,

para que de mi sueño lisonjero
despertase infeliz; para que huyese

aquel asilo del amor sincero;

para que bajel mísero siguiese
el impulso del viento enfurecido,
y entre escarpadas rocas pereciese.

Y porque muera, ¡ay Dios! tan abatido

cuanto dichoso fui, la cruda ausencia
es quien devora el pecho dolorido:

de cuantos el amor en su inclemencia
monstruos produce, el monstruo más horrendo,
que no cede al valor ni a la paciencia.

Hiere el desdén; y al paso que va hiriendo,
cual la lanza de Aquiles, sanar suele,
el ofendido orgullo conmoviendo.

Aunque entre halagos la inconstancia vele
su pérfida crueldad, el desengaño

destroza el lazo vil, que agrada y duele.

Sabe sufrir un año y otro año

combatiendo al amor el pecho fuerte,
que descubrió una vez su torpe engaño;

y si tu amado bien robó la muerte,

muere y descansa; que en la muerte acaba
todo el poder de la implacable suerte.

Mas ¡ay! la ausencia ¿qué dolor no agrava?
ni ¿qué dulce esperanza la consuela,
de la sospecha vil tímida esclava?

Tal vez injusto el corazón recela,
(perdona, Elisa, a un desgraciado amante)
que un amor más dichoso te desvela;

y tal vez temo, si pasión constante,
belleza y juventud yertos despojos

fueron ya de la tumba devorante.

El sospechado mal ciertos enojos
me causa, y en mi acerba desventura
cuanto puedo temer, lloran mis ojos.

Feliz tú, amigo, que en la pena dura

de tantos miserables compañero,
tienes cierto consuelo a su amargura.

De tu esposa el halago placentero,
interpuesto al dolor, que te persiga,
sus iras quebrará y el golpe fiero.

¿Qué puedes, suerte acerba y enemiga,
cuando te ensañas más, contra un dichoso,
que estrecha al seno su adorada amiga?

Su bondad dulce y celo afectuoso
te formarán con plácidas caricias

de ternura y virtud el nudo hermoso.

Hasta las penas te serán propicias:

que del amor el beso regalado
en ventura las trueca y en delicias.

Yo en tanto, solo, mísero, privado

de consuelo, lamento con mi pena
las de mi ausente bien e idolatrado.

Cada ay, que exhala a la ribera amena,
do otro tiempo el Amor nos sonreía,
en mi afligido corazón resuena.

Quizá en el seno de la verde umbría
buscas, mi dulce bien, aquella fuente,
primer testigo de la gloria mía;

y su escondida y plácida corriente
llorando aumentas, y al laurel imprimes,

do tu nombre grabé, beso doliente.

Tal vez, si el llanto tímida reprimes
entre el odioso popular ruido,
con tu mudo pesar el pecho oprimes.

Desgraciada beldad, si a tu gemido

es consuelo saber, que de tus males,
más infelice yo, nunca me olvido;

juro por esos ojos celestiales,
hechizo y ya tormento de mi pecho,
abrasado con fuegos inmortales,

que hasta yacer exánime y deshecho,
el tierno corazón que en ti vivía,
penará, siendo tuyo, satisfecho.

Yo te he enseñado, dulce amada mía,
la senda del placer: hora te enseño

a contrastar la adversidad impía.

Fácil es de la dicha el blando sueño;

mas ¿quién guardó a un ausente fiel memoria,
si el destino cruel muestra su ceño?

Aspiremos, mi bien, a esta victoria:

que hay también en las selvas de Cupido
para el constante amor laurel de gloria.

Ya, generoso amigo, ya has sabido
la acerba causa de mi eterno duelo:
compasión y amistad sólo te pido,

pues no es posible a mi dolor consuelo.

XVI

La reconciliación imposible.

Mujer, que destrozó con furia impía
de un casi eterno amor los firmes lazos,
no espere ver amigo entre sus brazos
al que engañado amante fue algún día.

Puede estimar un triste desdeñado

el rigor, que se opone a su fineza:
que no es culpa el desdén en la belleza,
ni es ignominia al fin no ser amado.

Suspéndase a los celos la venganza:
que aunque el herido pecho sienta el daño,

la prontitud de un útil desengaño
a perdonar convida la mudanza.

Mas olvidar un siglo de caricias,
dorar con falsedades el olvido,
calumniar el amor más encendido,

y acusar como culpas sus delicias;

¿quién lo sufre? La infiel, que cruda hiere
y luego injuria, su sentencia escribe:

que el amor, que a los celos sobrevive,
bajo la espada del agravio muere.

Tus perfidias, Elisa, disiparon
la ilusión dulce que adoraba ciego;
y ¡aún buscas necia de amistad el fuego
en cenizas de amor, que ya volaron!

Pregunta dónde está mi antigua llama,

no a mí, sino a tu pecho fermentado,
que ya de furias, ya de amores nido,
jamás conoce si aborrece o ama.

De tu incierto cariño e inconstante
sufre, necia beldad, la justa pena:

que no vuelve a la pérfida cadena,
una vez libre, el injuriado amante.

Nunca, Elisa falaz, nunca me amaste:
¿Cuándo pecho amoroso fue inclemente?
¿Por qué me heriste, infiel, si era inocente?

¿Por qué, si criminal, no perdonaste?

O en fin, si tan sañuda me aborreces,
y tu halago en furor lloré trocado,
¿por qué, ya aborrecido e insultado,
el dulce afecto de amistad me ofreces?

¡Ah! quédate con él: con él convida
a un alma menos tierna o más paciente:
ni soy tan necio yo, que hacer intente
amiga fiel de amante envilecida.

XVII

A Serafina.

Imitación de Horacio.

¿Qué lloras, Serafina? El caro esposo,
que te robó el destino,
volverá a ti más tierno y amoroso.
Si Marte despiadado
de los campos del Betis cristalino

a las australes playas lo ha arrojado,
no tu cariño olvida;
que su prenda te llama y dulce vida.

Esgrime contra el fiero independiente,
mientras que brilla el día,

fiel a patria y a amor, la espada ardiente;
y cuando restituye
el descanso común la noche umbría,
el grato sueño de sus ojos huye,
y en solitario lecho

tu ausencia gime en lágrimas deshecho.

Al donaire, las gracias, la hermosura
de mil nuevas beldades
prefiere de su pena la amargura.
Ciegas por él suspiran:

ya con artes de amor, ya con verdades
al firme corazón flechas le tiran:
en vano: que al mar fiero
no es erizado escollo tan entero.

Tú empero teme, que al audaz Silvano

más de lo justo quieras:
aunque ninguna lira el verde llano
ni los frescos abrigos
mejor llene en las vándalas riberas:
ni alguno entre sus jóvenes amigos

por el prado o la selva
el bridón cordobés más diestro vuelva.

Cierra temprana tu modesta puerta,
ni a su amoroso canto
dé entrada fácil la ventana abierta:

ni mires cuidadosa,
si espera insomne de la aurora el llanto;
y aunque al son de la cítara quejosa
te llame ingrata y fiera,
en el cauto desdén tú persevera.

XVIII

El cumpleaños de Zelmira.

Scribe quod quaevis nosse puella velit.
PROPERT.

Plácido vuelve el delicioso día
que tus floridos años,
linda Zelmira, y tu beldad aumenta;
y al despuntar en el rosado oriente,
con sus trinos suaves

lo aplaude el coro de las dulces aves.

Sereno brilla el cielo: el prado ríe:
ríe la fresca selva,
que de verdor temprano se engalana:
alegre el claro sol comienza el día

tras la risueña aurora,
y el pastor amoroso solo llora.

Lágrimas vierte de ternura y fuego
al ver la peregrina
deidad, que ilustra el olivoso Betis;

y «¿quién,» clama, «los ojos vencedores
podrá ver de Zelmira,
sin probar del amor la infausta ira!»

«Aquellos labios de rubí encendidos
los labios son, que Psiquis

al escondido Amor cedió turbada;

y el ondeante y nítido cabello
es la guirnalda umbrosa,
que ciñe en el cenit la luna hermosa.»

«El ámbar puro de su puro aliento

es la esencia, que roba
a las rosas el céfiro atrevido;
y su voz celestial el dulce canto,
con que blandos amores
Venus inspira al dios de los furores.»

«Su risa virginal, la luz templada,
que el alba vierte al prado,
cuando riega las flores: su albo seno,
doble colina cuya falda cubre
tesoro apetecido,

que el mismo Amor contempla enardecido.»

«Arded, pastores, ya: cual corre el hielo
en ondas desatado
ante el sol de caliente primavera,
así a tu vista el corazón más duro

se abrasa en dulce fuego,
por ti anhela y renuncia a su sosiego.»

«Dos giros hoy añade a los tres lustros
de tu edad venturosa
el claro Apolo. Joven azucena,

que en el pensil de amor brillas temprana,
quien tu hermosura viere,
nunca otra vez la libertad espere.»

Así llora el pastor. Tu nombre graba
del álamo en el tronco,

y de amorosas quejas llena el viento:
sólo suena en las márgenes del Betis
el nombre de Zelmira,
y el eco en los collados lo suspira.

Mas tú gozosa en tu beldad lozana,

de Amor burlas las iras
y el arco triunfador: su arpón ardiente
te perdonó hasta ahora, y a tus juegos
la inocencia sonrío
y sosegada juventud te engrío.

Sólo te place la rosada mano
por el blando instrumento
llevar, enajenada en su armonía;
o bien gozar del baile, tu delicia,
el rumor placentero,

moviendo al dulce son el pie ligero.

¡Ay, cuánto fuego emprendes!, bien enlaces
el torneado brazo
al feliz compañero; bien rehuyas
el lindo cuerpo con desdén nativo;

o bien sueño amoroso
finjas sobre su brazo venturoso.

¡Terpsícore del Betis! Cuantas ninfas
por sus riberas danzan,
en aire y gala superior te envidian.

¡Ay! mientras el zagal tus pasos sigue
con amoroso anhelo,
tú descuidada burlas su desvelo.

No siempre así será. La pura llama,
que tú inspiras, probando,

de dulce amor palpitará tu seno:
por tu mejilla delicioso llanto
correrá en blando giro,
y exhalarás su plácido suspiro.

Sí, Zelmira: las gracias, que benigna

te prodigó natura,
no en vano anuncian tu sensible pecho,
nacido para amar y ser amado.
Y ¿a quién guarda el destino

de tu dulce ternura el don divino?

El mismo Adonis le verá envidioso
desde el gremio de Venus:
Cupido mismo dejará a su Psiquis
en los lechos de Gnido solitaria,
y el nombre de tu amado

coronará del mirto enamorado.

En tanto oye benigna las canciones
que tu beldad celebran:
ésta es la lira, que cantó de Elisa
la constancia y amor, e hizo su nombre

en el Betis famoso,
y del olvido y tiempo victorioso.

Lira feliz, que de laurel eterno
e inmarcesibles rosas
Apolo rodeó: su verde mirto

le ciñó la deidad de los amores;
y de su fuego llena
sólo ternura, sólo amor resuena.

Hora es tuya. Hermosísima Zelmira,
yo vi varias bellezas:

cuál me hechizó por el mirar sereno
de sus lucientes ojos: ya en los labios,
ya en dorado cabello
me hirió el Amor, o en el tornátil cuello.

Yo las canté. De la beldad divina

amador entusiasta,
do quier la vi, adoré su pura imagen:
mas ¡ay! que solo en ti reunió Cupido
las gracias celebradas,
que en mil hermosas brillan separadas.

Salve, oh bella: tu nombre repetido
en las vandalias liras

llenará siempre el delicioso margen
del claro Betis: vivirá en su vega
tu querida memoria,

y crecerá en sus álamos tu gloria.

XIX

La ausencia.

Traducción de Leonard.

Partió mi bien a la lejana aldea.
¡Ay! ya la selva umbría
o el pintado vergel ¿a quién recrea?
Huyó el campo, desnudo de alegría,
la madre de las flores,

y abandona el amor nuestros pastores.

Entre aquellas colinas, Doris bella,
te robaste a mis ojos,
Céfiro, si has pasado junto a ella,
ven, y consuele al menos mis enojos

el ámbar regalado,
que su labio de rosa ha respirado.

Y ¿cuál árbol feliz hora le ofrece
su plácida frescura?
¿qué prados su nevado pie florece?

¿en qué fuente contempla su hermosura?
o ¿cuál floresta amena
con su canto dulcísimo resuena?

¡Ay, quién fuera la flor de su tocado!
¡o la cinta que enlaza

su seno! ¡o de su pie blando calzado!
¡o en sus vestidos ondeante gaza!
¡o el pajarillo ufano,
que ella besa y regala con su mano!

Tú, ruiseñor, al nido delicioso,

do el placer te convida,
vuelas. ¡Ay! vuela, mientras yo envidioso
la prenda lloro de mi amor perdida:
si tuviera tu vuelo,
¡cuán pronto fuera donde está mi cielo!

Ya ¿qué me importan las pintadas flores
de la verde pradera
que me vieron feliz; los resplandores
del sol, ni la apacible primavera,
ni el aura que respiro,

ni cielo y campo, si a mi bien no miro?

Mas tú, mi amada, entre el rumor nocivo
de bulliciosas fiestas,
¿olvidarás nuestro cantar nativo,
y el placer que animaba tus florestas,

y la danza inocente
y las guirnaldas, que ceñí a tu frente?

¡Ay! no me dejes: morirá tu amante,
si la dulce ternera,
que ardió en tu pecho, apagas inconstante.

Puede rendirse esclavo a tu belleza
un pastor más hermoso;
mas ¿dónde lo hallarás tan amoroso?

Regálate en la imagen de tu ausente,
cuando el alba amanezca,

y al morir y al nacer el sol ardiente:
que el delicioso sueño te la ofrezca,
y que sea, mi gloria,
cuando despiertes, tu primer memoria.

Si adorada te ves de nuevo amante,

nuestro primer momento
recuerda: coloraba mi semblante

la timidez, y el corazón sediento
en mis ojos brillaba
y en mis trémulos labios palpitaba.

El dulce valle, que moré contigo,
ya es triste y enojoso:
huyó la voz de mi mejor amigo:
cuanto amé en otro tiempo, me es odioso;
y en tan amargo duelo

pido mi Doris al Amor y al cielo.

Estas las flores son do descansabas;
cantando aquí a tu lado
risueña y cariñosa me mirabas;
allí unido pació nuestro ganado;

allá me despedía
cuando al ocaso se lanzaba el día.

Volved, volved, momentos deliciosos:
vuelve tú, dulce amada,
a animar estos bosques silenciosos;

y al tono de la flauta enamorada
mis cantos de alegría
despertarán los ecos de la umbría.

XX

Celia a Anfriso.

Ya, caro Anfriso, de la flecha impía
tu tierno corazón gemirá herido
que destrozó mi rápida alegría;

y el llanto de amistad habrás vertido
sobre su tumba, y a la sombra helada

el homenaje del dolor rendido.

Y ¿por qué a esta infeliz desesperada

en su inclemencia le negó la suerte
ver por lo menos la ceniza amada?

Yo hubiera con mi abrazo en nudo fuerte

su espíritu ligado: yo la presa
robado hubiera a la implacable muerte;

y sobre el yerto labio, ya pavesa
de mustia llama, con mi labio ardiente
la vida del amor dejara impresa.

Yo penetrara de vigor caliente
sus medio helados miembros: yo volviera
el fresco lirio a la amarilla frente;

y a los ojos, que cubre noche fiera,
envidia un tiempo del rosado día,

la alegre claridad restituyera.

Compasiva tal vez la Parca oiría
mi angustiado gemir: mi tierno llanto
los reinos del horror conmovería;

y si el lloro de amor no puede tanto,

muriera con mi bien: este consuelo
no negara el destino a mi quebranto.

Hora sólo la imagen de mi duelo
y la voz de aflicción desconsolada
concede a mi dolor el crudo cielo.

En la campiña mustia y apartada
el dulce nombre de mi bien perdido
a los vientos entrego lastimada.

Murió Alexis, me vuelve en su bramido
el silboso aquilón de la montaña:

Murió, me vuelve el noto enfurecido.

Tal vez la vista fijo en la campaña

que de verdor eterno coronado
el cristalino Betis sesgo baña:

allí mi pecho libre y descuidado

el solaz grato de la edad primera
gozó en alegres juegos regalado.

De la amistad la llama placentera,
que brilla sin quemar, y amor paterno
único fin de mis cuidados era.

¡Ah! no entonces temí, que en fuego interno
se abrasaran mis venas, ni el destino
me condenase a suspirar eterno.

Mas ¡ay! que cuando el cielo más benigno
me sonrió, a desdichas inmortales

el despiadado amor me abrió el camino.

Allí al autor querido de mis males
vi: allí le amé, y amor correspondido
nos coronó de rosas celestiales.

Tú, Anfriso, con los dos en lazo unido

de amistad generosa, tú notaste
el incendio crecer no resistido.

¿Por qué, cruel, la llama no atajaste
en su nacer con oportuno aviso?
¿Por qué el fuego mortífero aprobaste?

Mas todo fue para mí mal preciso,
si el amor y la suerte conjurados,
en mí su ira probar el cielo quiso.

¿Quién me diera, oh amigo, que inundados
de las leteas aguas mis sentidos,

quedaran tantos bienes olvidados?

Dulces bienes de amor, ¿por qué sois idos?

Y si sois idos ya, de mi memoria
para siempre volad, volad perdidos.

Pregunta, Anfriso, mi amorosa historia

del verde tronco a la corteza fría,
donde impresa a su par creció mi gloria.

Pregunta al valle, a la enramada umbría,
al prado, al monte, al río: todos fueron
caros testigos de la dicha mía.

Si las tinieblas lóbregas huyeron
de la naciente aurora, venturosa
mi dulce Alexis celebrar me vieron;

y si cubrió la noche pavorosa
los cielos, por su ausencia suspirando

me sorprendió la luna silenciosa.

Todo era amor: favonio susurrando
entre las flores; manso el arroyuelo
las tranquilas riberas halagando;

el dulce resplandor del claro cielo,

el trinar de las aves, la alegría,
que vierte el alba en el sediento suelo;

todo hablaba de amor al alma mía;
y de mi pecho a la emoción ardiente
encantado mi Alexis sonreía.

¡Ay! de tanto placer, cielo inclemente,
ya ¿qué nos resta?... Un túmulo, lejano,
y de mis ojos la perene fuente.

Ni esparcir puede mi amorosa mano
las flores del dolor sobre su losa,

y el dolorido llanto pierdo en vano.

¡Cayera donde mora silenciosa

en sueño eterno su ceniza cara
y allí expirara Celia venturosa!

Mas (lo que puedo) a la funesta ara

en gemidos sin fin el alma envío,
que ya a seguir su sombra se prepara.

Vuela a su tumba, tú, suspiro mío,
y clama sin cesar «amor eterno,
que anime el polvo del sepulcro frío.»

En él encerró ya mi afecto tierno
el malogrado Alexis: allí viva,
y gócelo en olvido sempiterno;

que ya de nuevo amor nueva cautiva,
no me verán formar nuevos enlaces,

de mis primeros nudos fugitiva.

¿Qué a mí de los pastores los solaces,
el celoso pesar, ni la alegría,
las falsas guerras, ni las blandas paces?

¡Dulce y perdido bien del alma mía!

Si más allá de la inflexible muerte
dura el ardor, con que me amaste un día,

el voto acepta y lágrimas, que vierte,
por siempre tuyo, mi amoroso pecho:
tus manes adorar será mi suerte.

Y en mi dulce morir, un mismo helecho
cubra nuestra ceniza enamorada;
y el peregrino, en lágrimas deshecho,

dirá: «de Celia, amante y desgraciada,
la Parca marchitó la edad florida,

mas no el amor: hasta en la tumba helada
a su adorado Alexis yace unida.»

XXI

A Aletino que abandonó el estudio y las Musas por el amor.

Aletino, ya en fin de amor anhelas
los pérfidos placeres:
el fuego devorante,
que consume tu pecho, en vano celas.
Ya el hijo de Citeres

arboló contra ti su arpón triunfante,
y entre el sumiso bando
del carro de su gloria vas tirando.

Y ¿de qué rubio y nítido cabello
se labró tu cadena

de esclavitud? ¿cuál mano
de rosa y de jazmín la echó a tu cuello?
que ni la cumbre amena
visitas ya del Pindo soberano,
ni en las nocturnas horas

el santo numen de Minerva adoras.

Y ¿quién negará ya que a la ardua sierra
subir pueda el torrente,
o Betis cristalino
dejar ceñudo la tartesia tierra,

y su mansa corriente
llevar al cauce del Jenil divino,
si las sabias tareas
truecas tú por las lides citereas?

¡Ah! mejor prometiste. Vuelve al seno

de la amiga Helicona
la margen esmaltada
otra vez corre del Permeso ameno;
do el lauro y la corona,
por la dulce Melpómene enlazada

y enardecido aliento,
Febo te dio y el plácido instrumento.

Mas ¿quién podrá la flecha emponzoñada
del seno desclavarse?
¿quién podrá hacer, que olvide

su dulce error un alma enamorada?
Verás al indio helarse
bajo el fuego inmortal, que Aries despide,
antes que de sus brazos
inexperto amator rompa los lazos.

XXII

El desengaño.

Renace estación de los amores,
y el apacible aliento
del céfiro vernal la tierra inflama:
ya la desnuda rama
se ciñe de hojas mil: crecen las flores

en el herboso asiento.
Su velo ceniciento
depone la enramada: el alba llueve
sus fecundos aljófares al prado,
y el cierzo destemplado

duerme en el polo sobre estéril nieve.

Ves, caro Albino, en la feraz campiña
la halagüeña esmeralda,
con que borda su manto primavera:
ya convertirse espera

en la dorada mies, que a Ceres ciña
más preciada guirnalda.
Ya descubre su espalda
libre de hielo el monte: ya florece
el matizado abril la inculta breña;

y en la tajada peña

el lentisco oloroso retoñece.

El cándido rebaño en las praderas
pace la yerba fría,
que esmalta el agua del raudal sonoro:

en bullicioso coro
vagan las zagalejas placenteras
por la floresta umbría.
Nace el rosado día:
de las pintadas alas el rocío

sacude el ave, y por la selva gira:
gozo el valle respira,
gozo resuena el viento, gozo el río.

Mas ¡ay de mí! yo peno. En la natura
es sólo desdichado

tu Anfriso. Al pie de la colina verde,
que caudalosa muerde
del padre Betis la corriente pura,
gimo y maldigo el hado.
Ni el resplandor templado,

que Febo enciende en el alegre cielo,
ni la noche siguiendo por la esfera
su esmaltada carrera,
término dan a mi contino duelo.

Recuerdo triste el curso presuroso

de mi edad descuidada
por el injusto amor acelerado;
tan en balde esperado
el bien, y el mal tan cierto y tan costoso,
y la paz suspirada

para siempre ahuyentada
del corazón. Cual ábrego violento
voló el placer de un año y otro año,
y el tardo desengaño
vino en pos de aquel pérfido contento.

Así tal vez por calles pedregosas

corre el turbio arroyuelo,
que al apartado mar raudo se aleja;
y cieno ingrato deja,
mientras sus ondas bajan presurosas,

en el estéril suelo.
¡Ay! con ligero vuelo
pasó la verde juventud: pasaron
con ella risas, juegos y cantares;
y de eternos pesares

el vestigio infeliz sólo dejaron.

Un tiempo, un tiempo en el amable seno
de la inocencia pura
tranquilo reposé: con faz risueña
me acarició halagüeña;

y gocé libre y de inquietud ajeno
su celestial dulzura.
Mas ¡ay! con mano dura,
con mano irresistible al mortal brío,
me arrancaste, oh amor, de su regazo,

y en tu funesto lazo
mi tierno pecho encadenaste impío.

Yo, simple, te adoraba, y tus loores
y tu halago mentido
en lira juvenil canté gozoso;

mi lira, que amoroso
el padre Delio enguarnaldó de flores
y del lauro querido.
Hora en infausto olvido
yace, rotpido el plectro y cuerdas de oro,

mustio el laurel, las flores marchitadas
entre el polvo pisadas,
y el triste dueño en miserable lloro.

Mas tú, amor, que embelleces la natura,
y en pez, en ave y fiera

la delicia y el ser benigno inspiras,
¿por qué ejerces tus iras

sólo contra el mortal? Beber procura
tu copa lisonjera:
¿por qué ponzoña fiera

le das en ella, si el placer brindaste?
Hiere blando tu arpón, dulce, apacible
en la planta insensible:
¡y al hombre sin piedad lo enherbolaste!

Sepultada en el hielo desfallece

del diciembre nevoso
la tierna rosa, honor de la pradera;
mas si a la primavera
el amante favonio blando mece
su vástago espinoso,

del soplo cariñoso
siente la inspiración, y conmovida
las bellas hojas tímida desplega,
y a amor su seno entrega,
y es delicia y placer su corta vida.

¡Dichosa flor! La juventud de un día
gozas brillante, y mueres
sin ver la triste luz del desengaño.
Yo, infeliz, por mi daño
tu numen invoqué, razón impía,

y más funesta eres
que los falsos placeres.
Tú disipaste el dulce devaneo
que me halagaba y dejás su memoria:
o vuélveme mi gloria,

o de gozarla quítame el deseo.

XXIII

Venus buscando al amor.

Traducción del Tasso.

Reina inmortal de la tercer esfera,
hoy en la tierra busco
al fugitivo Amor, mi dulce hijo.
Jugando ayer en mi encantado gremio,
o maligno o incauto,

me hirió el costado con su flecha de oro;
y huyendo del castigo,
pasó los aires súbito volando,
ni sé dónde se oculta mi tesoro.
Recobrarle es mi afán: registré luego

todo mi cielo de una en otra parte,
y la esfera de Marte,
y cuantas dora con su hermoso fuego
el gran padre del día,
y en ninguna encontré la gloria mía.

Hora, blandos mortales, pues mil veces
habita vuestro suelo,
vengo a ver si por dicha aquí ha bajado.
No espero entre vosotras encontrarle,
oh bellas ninfas; que aunque osado juegue

risueño con el oro ensortijado,
y en torno de las rosas
del semblante gentil vuela suave,
y piedades reclama
y pide albergue, vuestro pecho esquivo

rechaza al niño y su sabrosa llama:
mas los hombres amantes
en su pecho cortesés le reciben.
Amigos, ¿dónde está mi Amor amado?
Quien me lo diga, tome de mi boca

por galardón el beso más suave,
que Venus sepa dar; y el que dichoso
le vuelva a mi regazo
de su destierro voluntario, espere
otro premio mayor; el más precioso,

que puedo conceder, aunque conceda
del amor la extendida monarquía:

yo por el lago estigio
juro cumplir la celestial promesa.
¿Dónde está Amor? ¿Ninguno me responde?

¿Todos callan? Quizá yace escondido:
quizá del hombro las pintadas alas
dejó y del brazo el pasador temido,
y vive entre vosotros ignorado.
Mas yo sus señas os daré, que bastan

para burlar su astucia.
Aunque de edad y de perfidia cuenta
muchos siglos, es niño, y tan travieso,
que a cada instante muda sitio y forma,
juguetón y versátil; mas su juego,

lleno está de peligro. Fácilmente
prende y se apaga su iracundo fuego,
y casi en un momento llora y ríe.
Su cabello, encrespado en rizos de oro
y poblado en la frente,

como los tiene la Fortuna varia;
mas si vuelve la espalda, no hay alguno
de que asírsele pueda. Sus colores
más vivos son que la encendida llama:
su lascivo mirar pérfida risa

al soslayo derrama:
siempre en giro veloz los ojos mueve
y a fijar las miradas no se atreve.
Su lengua, que parece en miel suave
bañada de continuo,

forma palabras dulces y graciosas,
y aunque tal vez truncadas e imperfectas,
son claras e ingeniosas.
En sus labios parece blanda risa,
y la perfidia y los engaños todos

aquella risa encubre,
cual entre ramo y flor fiera serpiente.
Primero humildemente,
cual pobre peregrino,
pide el niño por gracia una guarida;

mas en el pecho incauto ya acogido,
se ensoberbece y manda
altivo e insolente:
las llaves arrebatada
del corazón; arroja al dueño antiguo,

y otro nuevo entroniza;
la razón esclaviza;
quita e impone leyes;
el que huésped entró, manda tirano;
y al que se opone a su sañudo imperio,

persigue y acongoja el inhumano.
Os dije ya sus señas:
si entre vosotros vive, yo os suplico
que digáis dónde está. ¿Sigue el silencio?
¿pensáis quizá ocultármelo? ¿quién pudo

tener a Amor oculto, simplecillos?
Pronto los ojos y la lengua indicios
darán del huésped pérfido. El insano,
que en su pecho quisiera
cruda sierpe esconder, con grito agudo

vendrá al fin lastimado a descubrirla.
Mas pues aquí no encuentro
al hijo de mi amor, antes que vuelva
a la esfera celeste,
buscarle quiero en apartados climas.

XXIV

En las bodas de Mirtila.

Desde los mares de mi patria suena
el canto del amor: ¿qué ninfa hermosa,
qué celeste beldad hora conduces,
alma Venus, al ara de Himeneo?
Mirtila, gloria de los dulces prados,

que dora el sol cayendo al occidente
con sonrisa benigna, de Cupido

al fin sintió los plácidos ardores.
Amor, supremo dueño de los seres,
hoy erige su trono entre las hijas

del africano mar: islas felices,
que veis al astro abrasador del cielo
templar cansado en vuestras frescas ondas
su guirnalda de luces fulminante,
no envidiéis ya de Chipre ni Citera

los deleitosos valles. Nueva Psiquis,
por la que Amor dejara la de Gnido
en su lecho de aromas, las orillas
del atlántico piélago hermosea.
Está en su rostro la brillante nieve

templada con la rosa: la benigna
luz de sus ojos sobre el campo esparce
el plácido calor del sol naciente:
la pura risa de la blanca aurora
tiñe sus labios: su gracioso seno

es la colina, que en su falda cubre
los tesoros de amor: su hablar suave
es el canto de Venus, con que a Adonis
halagó blanda en su hechizado gremio.
No ya, felices campos de mi patria,

veréis yacer en inocencia inútil
tan bella flor, ni sola y sin amores
temer del tiempo la fatal guadaña.
No, Mirtila: la gracia encantadora,
el rostro de beldad, los ricos dones,

con que adornó Cupido tu hermosura,
no estériles serán. De ardor suave
tus ojos se animaron; y aquel fuego,
que en el pecho del joven venturoso
encendiste, hechizando su existencia,

por el tuyo de nieve se dilata.
Entre cándidos lirios resplandece
la rosa del pudor sobre tu rostro,
y en tu hablar apacible se desliza
el gemido de amor: tu tierno pecho

bate y suspira, y en los bellos ojos
los rayos de Cupido centellean.
Beldad, tú del hermoso Amor recibes
las más celestes gracias: a él las vuelve.
Deja, Mirtila, que tus sienas orle

su guirnalda de rosas: son cogidas
en el vergel de Idalia: con suspiros
y lágrimas amantes florecieron:
tejiola amor, y a tus hermosas plantas.
los juegos y las risas la presentan.

Fecundidad sonríte: tu hermosura
mirará el genial lecho retratada
en venturosa prole, que en mil nudos
estrechará los lazos de Himeneo:
y amor feliz, y amor correspondido,

y amor sin fin coronará tus días.
¿Mas dó vuelo? ¿qué canto desusado
el pecho herviente llena? Del Permeso
miro correr las cristalinas ondas:
estas son, Pindo, tus umbrosas selvas,

aquel el valle de Helicón: la fuente,
do reside el espíritu del canto,
de la castalia cumbre se desata.
Tu elogio son, Mirtila, dulces himnos
que resuena el Parnaso. El dios de Delo

así canta en la cítara divina,
que enfrena el fiero piélagos y del noto
acalla el ronco horrísono bramido:
«Ninfas del Pindo umbroso, entre las flores,
que la guirnalda de la esposa bella

tejen, y el mirto de la idalia margen
entrelazad el lauro de Helicon.
Las artes, que otro tiempo su delicia
y dulce encanto de su edad primera
fueron, hoy la coronen; que no en vano,

bella Mirtila, tu naciente seno
para el amor formaron. Las lecciones,
que al sencillo pastor dictó Cupido
en el sonido de la ruda avena,

no en vano las oíste. El euro blando,

el manso susurrar del sesgo río,
Céfiro entre las flores bullicioso
imagen son de amor. Joven felice,
no solo el puro rostro de Diana
y las gracias de Venus en tus brazos

al pecho amante estrechas: cuanto el cielo
pudo inspirar de sus celestes dones,
el candor virginal, la fe constante,
la piedad dulce, el ánimo modesto,
por las sensibles Musas instruido,

y al que no encubre avara sus tesoros
Naturaleza, un genio sobrehumano
en tu dichoso seno se recata.
¡Ah! goza: del placer la dulce fuente,
que amor te brinda, agota: sé de amantes

el modelo y la envidia, y de Mirtila
gloria y felicidad; y antes que el alba
colore al Teide de su luz serena,
recibe el dulce beso de Himeneo.